

# EL APOSTOLADO SOCIAL Y SU ESPIRITUALIDAD

Jean-Yves Calvez  
Centre Sèvres and Ceras,  
Paris

## *La novedad después del Concilio*

**E**l compromiso del apostolado social no es una invención reciente de la Compañía. Desde mi juventud religiosa - en la posguerra - he conocido a un gran número de jesuitas, viejos y jóvenes, comprometidos en el mundo de la pobreza, en el mundo carcelario, con migrantes, nómades, obreros en condición de explotación, con mujeres del servicio doméstico. Generalmente se trataba de hombres de profunda espiritualidad, de entrega incansable. En 1947 tuve la ocasión de encontrarme con el padre Alberto Hurtado, de la provincia de Chile, que el Papa en estos días ha inscrito en el catálogo de los santos. Comprendí de inmediato lo que significaba la vida de este compañero, que tanto aspiraba a responder a los deseos de Cristo para con él, con una maravillosa espontaneidad. Lo que quizá en el período reciente ha sido nuevo - aunque no de forma absoluta - a raíz de la conferencia del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1968), del Sínodo de Obispos *Iustitia in mundo* (1971), y del decreto 4 de la Congregación general 32 (1975) es la insistencia en la exigencia de justicia - una palabra que no es posible confundir pura y simplemente con caridad - como la insistencia en las "estructuras" que hay que reformar, transformar, insistencia en la acción con efecto institucional. La Congregación general 32 dijo: «Las estructuras sociales contribuyen a modelar al mundo y al mismo hombre, hasta en sus ideas y sentimientos, en lo más íntimo de sus deseos e inspiraciones. La transformación de las estructuras en busca de la liberación tanto espiritual como material del hombre queda, así, para nosotros estrechamente ligada con la obra de la evangelización » (Decreto 4, n. 40). Hay que tener presente que el padre Juan Bautista Janssens, superior general en la posguerra, desde aquel entonces y con su famosa Instrucción sobre el Apostolado social en 1947

había ya insistido con fuerza en la importancia de la acción sobre las estructuras en el apostolado social. Esta preocupación para él formaba parte, y muy expresamente, de la definición misma de dicho apostolado.

### *La respuesta de los jesuitas*

Pese a la posibilidad de que reine una opinión contraria, es preciso que añada sin tardar que los jesuitas se han comprometido bastante modestamente en esas últimas vías en lo que les es muy específico... El Decreto 4 de la Congregación General 32 tenía en efecto otra preocupación, que llevaba parcialmente hacia otra dirección, y a la que se ha prestado mucha atención: la preocupación de incorporar la dimensión del apostolado social en *todos* los apostolados de la Compañía. Es lo que han procurado hacer tanto el padre Arrupe como el padre Kolvenbach, es lo que han apoyado tanto la Congregación general 33 como la 34. Es preciso tener en cuenta los términos del decreto 4 de la Congregación 32: «Se prestará particular atención al papel que pueden jugar, para el servicio de la fe y de la justicia, los centros de enseñanza, las revistas, las parroquias, las casas de ejercicios y otras obras apostólicas cuya responsabilidad asumimos », y «no es solamente la actividad organizada que debe ser revisada a esta luz: los ministerios apostólicos de cada uno también deben serlo » (n. 76).

« Todas nuestras tareas » (n. 29), toda nuestra vida, su estilo están implicadas, decía la Congregación 32. Quedaba con ello evocado el aspecto espiritual de nuestro compromiso. Se esperaba, en la Congregación general 32, una conversión de las formas y de los estilos de vida « a fin de que la pobreza, que hemos prometido, nos identifique al Cristo pobre que se identificó él mismo con los más desposeídos » (n.48).

Ha aumentado considerablemente el número de jesuitas en las tareas más marcadas por las preocupaciones recomendadas por la Congregación general 32. Considerando la disminución numérica en ciertas regiones, durante por lo menos un cierto tiempo, dicho número ha sido netamente superior que en tiempos anteriores. Hoy la presencia en entornos de pobreza - en barrios pobres y favelas - está mucho más marcada que antes. Y en cualquier tipo de encuentro, en la Compañía, en sus provincias, se brinda a los que están más socialmente comprometidos la posibilidad de compartir su experiencia espiritual. Muchos jesuitas tienen a pobres como amigos, como Ignacio deseaba que fuera desde los primeros tiempos.

### *Lo que ha animado a los jesuitas*

Fundamentalmente, lo que *ha animado* este compromiso para la mayoría de nosotros, es exactamente lo dicho por la Congregación general 32, en sus palabras decisivas, marcadas por la doctrina de los documentos de la Iglesia universal en el post Concilio: « La existencia según el Evangelio es una vida en la que resplandece la perfecta justicia del Evangelio, que dispone no sólo a reconocer y respetar los derechos y la dignidad de todos, especialmente de los más pequeños y débiles, sino, aún más, a promoverlos eficazmente y a abrirse a toda miseria, aun la del extraño o enemigo, hasta el perdón de las ofensas y la victoria sobre las enemistades por la reconciliación » (Decreto 4, n. 18). Y: « No hay conversión auténtica al amor de Dios sin una conversión al amor de los hombres y, por tanto, a las exigencias de la justicia » (n. 28)<sup>1</sup>.

¿Ha habido luego un cambio al respecto? Pienso que hay que observar que ha habido la tentación de endulzar la píldora durante un tiempo cuando se ha introducido en la Iglesia, a veces un poco polémicamente, el tema del *amor preferencial* por los pobres, al lado, mejor dicho casi en contraste, con la *opción* en favor de los pobres. Pero el padre Kolvenbach ha reaccionado expresamente, al comienzo de su generalato, en contra del abuso que se ha podido hacer de la primera fórmula, en definitiva más *soft*, y por eso preferida. El padre Kolvenbach ha mantenido que no es menos exigente, y que la justicia es siempre el primer paso del amor: no ha desistido de esta idea a pesar de ciertas críticas.

*la justicia es  
siempre el primer  
paso del amor*

### *Con relación a los “Ejercicios espirituales”*

Se me ha planteado también la cuestión de la relación entre el compromiso social reciente y los rasgos mayores de la espiritualidad - digamos de la espiritualidad de *siempre* - de la Compañía, que recibimos en particular de los *Ejercicios Espirituales*. Sabemos lo presente que estaban en los documentos de la Congregación general 32, que reunía también los elementos esenciales de su mensaje, según el espíritu de los *Ejercicios*: « La

promoción de la justicia, la presentación de nuestra fe y la marcha hacia el encuentro personal con Cristo constituyen [los tres juntos] dimensiones constantes de todo nuestro apostolado » (n. 51).

En sus cartas y conferencias sobre la espiritualidad de la Compañía, el padre Arrupe quiso, ciertamente, mantener esta profunda orientación, en contra de todas las tendencias de secularización que se manifestaron a veces; lo hizo en particular en su carta « Para una integración auténtica de la vida espiritual y del apostolado » en 1976, su Oración a Jesucristo, nuestro modelo (« He descubierto que el ideal de *nuestro* modo de proceder era *tu* modo de proceder, etc... » en 1979 ) y sus conferencias « La inspiración trinitaria del carisma ignaciano » y « Radicados y fundados en la caridad », de 1980 y 1981.

La referencia más frecuente que los jesuitas han hecho en el período reciente al texto mismo de los *Ejercicios* para inspirar su compromiso, sobre todo de apostolado social, ha sido sin duda la referencia a la contemplación de la Encarnación. Menos frecuentemente al Reino o a las Dos Banderas (al « programa » del Señor). Ciertamente, a veces ha habido referencias, en esta contemplación, a la humanidad antes de la Encarnación, en un sentido un poco llano, para subrayar solamente la universalidad del interés de Dios para con los hombres. Los jesuitas a menudo han ido bastante más lejos, insistiendo sobre todo en lo que hay de miseria y de violencia en el mundo según los términos de Ignacio: hombres « en guerra », gente « que llora », « enfermos », hombres « que mueren », al lado de otros que están en paz, que tienen salud o que tienen toda la vida por delante (contraste éste que forma parte del cuadro). Hombres « ciegos » por un lado, y hombres que « golpean » a su prójimo, que « matan », yendo así « al infierno ». Estamos llamados a estar al lado de estos hombres – lo mismo que el Verbo – : y en esto consiste el apostolado social, en el sentido amplio del término; o la llamada al apostolado social forma parte, evidentemente, de todo aquello a lo que nos llaman estas situaciones de los hombres.

La respuesta es « el amor », según san Ignacio en su Contemplación para alcanzar amor: amor « efectivo », amor « que actúa », amor « comunicación recíproca », en la base de todo apostolado social, precisamente. Pienso que estos rasgos han estado realmente presentes en la espiritualidad del apostolado social jesuita desde 1975.

### *Etapas*

¿Hemos conocido, luego, etapas sucesivas y diversas desde el gran despertar de la Congregación 32? Me parece que a partir de un determinado momento se ha dado demasiada importancia a la diferenciación o distinción entre apostolado espiritual y social como « sectores » de apostolado – y tal jesuita forma parte del uno y no del otro, o se da al primero, y no al segundo al mismo tiempo, o entonces al segundo pero no o poco al primero. En esto juega también, seguramente, una cierta exigencia de especialización, exigencia presente también antes de la Congregación General 32, pero en aquel entonces se distinguía más bien una especialización del apostolado de la educación y una especialización del apostolado social, y menos frecuentemente se aislaba un sector del apostolado espiritual, excepto cuando se pensaba en las casas de espiritualidad (y a algunos acompañamientos, de seminarios, por ejemplo por padres espirituales).

Es cierto que siempre ha habido algunas tensiones entre el aspecto espiritual y el aspecto social del apostolado - por muy evangélicas que sean las fuentes jesuitas del apostolado social. En un pequeño escrito autobiográfico, hace cinco años, decía lo siguiente sobre mi recorrido: « Me he interrogado sobre el sentido del apostolado social, del estudio de las cuestiones sociales en particular. Sobre todo en 1965-66. El Concilio, que nos había inspirado, interrogado, casi podríamos decir desestabilizado, acababa de terminarse. No nos dejaba tranquilos. [En su espíritu], lo esencial de un apostolado social, bajo diversas modalidades, me parecía consistir en ayudar al prójimo en sus relaciones, también las institucionales, con sus hermanos, ayudar a todos los hombres a vivir entre ellos como hermanos, hermanos de Jesucristo [...] Ciertas formas del apostolado social que no ponen directamente en contacto con los hombres, que los ayudan indirectamente (por ejemplo buscando 'modelos' de sociedad) pueden plantear problemas. Comunicar de persona a persona, en la 'conversación', un término que me parece tan esencial en san Ignacio, está realmente en el centro, lo demás es 'indirecto'. Y continuaba diciendo: « Este indirecto es muy necesario, y nunca he podido escapar de esta conclusión cada vez que he vuelto a interrogarme ». Y añadía « hay una cierta ilusión en la idea de comunicación inmediata, nadie debe pretender encerrarse en ella »<sup>2</sup>. He reflexionado a menudo y mucho sobre todo esto, y ciertamente nunca la cosa es sencilla.

## ==== EL APOSTOLADO SOCIAL Y SU ESPIRITUALIDAD ====

En un sentido similar está la oposición que se ha podido hacer y que se sigue haciendo entre la necesidad « espiritual », el hambre espiritual del mundo, y la necesidad « material » o social, importante pero no primaria, excepto en casos extremos. Ciertamente somos más sensibles a esta oposición, después de no haberlo sido por un cierto tiempo. Existe, claro está, este « caso extremo »... del que siempre es difícil deshacerse. Pero en muchas situaciones la decisión no es fácil. Y la Compañía vive siempre, yo diría necesariamente, estas tensiones.

### *Diversas formas, diversos problemas*

Si se toma el término apostolado social en sentido amplio para incluir en ello actividades de compromiso directo, de *advocacy* (defensa de los que sufren), de organización de grupos de resistencia o de lucha por la justicia, y actividades de investigación, de enseñanza, de formación de líderes, no podemos menos que constatar las grandes diferencias en las dificultades que se presentan a gente comprometida en unas y otras actividades. A propósito de las primeras de estas actividades han despertado inquietud ejemplos de aquellas

*amor « efectivo », amor « que actúa », amor « comunicación recíproca », en la base de todo apostolado social*

que llevaban a una « politización », tomando el término en su sentido peyorativo de invasión de una personalidad por la preocupación por los medios más que por los fines, o de invasión de la ideología que puede, a menudo, caracterizar la acción de tipo político. Sobre todo hacia el final de los años sesenta, en varias regiones del mundo, se ha constatado el fenómeno del « *burn out* », situación de agotamiento (físico y psíquico) y de vacío espiritual, que puede llevar como consecuencia a una entrega, sin tomar ni distancia ni reposo. Se quema la vela por arriba y por abajo y uno se encuentra pronto sin recursos. Esto no ocurre sólo en el apostolado social, pero en él se ha observado particularmente este peligro.

En la parte más intelectual de este apostolado, se encuentran más bien problemas de cualquier apostolado intelectual, principalmente de

investigación, sobre los cuales ya el padre Arrupe llamaba la atención: distancia, sobre todo, con la experiencia cercana y concreta, y satisfacción del dominio intelectual de las cosas, pretensión, por lo tanto.

Es preciso tener en cuenta que la investigación ha cambiado mucho de naturaleza en el apostolado social. Hubo un tiempo – en la posguerra y en el tiempo de la primera problemática del « desarrollo » como también de la « revolución » – en el que uno se sentía capaz de ofrecer planos completos para la reforma o la transformación de « la sociedad ». El avanzar de la complejidad de las realidades sociales invita hoy en general a una mayor moderación... pero al mismo tiempo uno se siente menos estimulado... Y es posible que la aportación creadora a un pensamiento social cristiano haya disminuido de parte de los jesuitas. El apostolado social está centrado más en la participación en la experiencia vivida, y en el acompañamiento de las personas en sus situaciones sin pretender tanto transformar las situaciones mismas. Ha menguado la ilusión, pero al mismo tiempo hay que observar que ha menguado también la presencia en las propuestas que afectan las estructuras de la sociedad.

Los « centros » del tipo del Centro de Investigación y Acción Social, o CIAS, en castellano, han sufrido a veces y además por una separación o distancia con relación al resto de las provincias a las que pertenecían, mientras que tenían que desempeñar en las mismas un papel de animación. El padre Kolvenbach ha recordado hace poco este tipo de dificultades y ha pedido, con insistencia, no ceder a ellas.

### ***El problema más importante***

Observando el apostolado social en la Compañía en un arco de tiempo de casi cincuenta años, podemos concluir que no tiene nada de un largo curso tranquilo. Por el contrario, para la Compañía se trata de una empresa difícil al mismo tiempo que esencial. En el período reciente se han señalado a menudo fracasos y retrocesos. Los textos publicados recientemente en *Promotio Iustitiae* dan prueba de ello, lo mismo que los comentarios hechos por el padre general Peter Hans Kolvenbach en varios encuentros, de Provinciales, Procuradores o Coordinadores del apostolado social. En muchas regiones nos afecta el escaso número de vocaciones, y fuerte es su incidencia sobre el apostolado social. Se padece, asimismo, el

efecto de las tendencias pastorales dominantes en la Iglesia contemporánea, en absoluto favorable a veces, hay que reconocerlo, al apostolado social en el sentido fuerte del término.

Sin embargo en mi opinión el problema más importante es, y sigue siendo, un problema de integración, en el sentido más fuerte de dicho término. Es preciso evitar una concepción que hace de lo social una dimensión solamente *ética* del cristianismo, algo lateral pues, « deducido » de lo esencial, por muy importante que sea: si se sigue esta dirección, no se convence nunca del todo, y uno llega a « cansarse », a desgastarse. Por el contrario, hay que tender a hacer de lo social una dimensión teológica, una dimensión *de la fe misma* como compromiso ante Dios del que el prójimo no está separado – « de poco inferior a un dios », ese hombre, ese hermano, ¡según el Salmo! Entonces es posible distinguir prácticamente un apostolado espiritual y un apostolado social como especializaciones (relativas) diversas, entendiendo lo social como « espiritual » en el sentido de que al entregarnos al prójimo es a Dios a quien nos entregamos – y no hay verdadero don a Dios (« a quien no ves ») sin don al prójimo (« a quien ves »). La ética está de moda, pero no siempre se la entiende como dimensión de la fe, y en este caso nunca hay que contentarse del punto de vista solamente ético.

Es evidente que la exigencia de integración que aquí subrayo repercute también en el apostolado « espiritual », que tiene que conllevar la dimensión « social », intrínsecamente unida y siempre presente, porque el hombre *es* social – el apostolado espiritual en el sentido corriente no conlleva siempre esta dimensión. ¡Qué de invitaciones, pues, a intercambiar cada vez más y en profundidad en esta Compañía entre « compañeros »!

---

<sup>1</sup> «Notre mission veut que nous introduisions à l'amour du Père, et, par lui, inséparablement à l'amour du prochain et à la justice » (ibid).

<sup>2</sup> Jean-Yves Calvez, *Compagnon de Jésus. Un itinéraire*, Desclée de Brouwer, 2000, p. 29-30.